

Abandonar la escuela

Alejandro Castro Santander



Red Latinoamericana de Convivencia Escolar

El coordinador general del Observatorio de la Convivencia Escolar (UCA, Argentina) desmenuza en este artículo exclusivo para El Sol la problemática que desde hace años afecta a la escuela media. Asegura que no existe un culpable, sino que, cuando fracasa un estudiante, también lo hicieron su contexto social y cultural, su familia y las políticas educativas. Posibles soluciones.

El Sol. Sitio web de Noticias. 23 Septiembre 2009. Mendoza Argentina.

Por Alejandro Castro Santander.

"Es vano, empero, esperar este mejoramiento del género humano de una reforma paulatina de la escuela. Estas tienen que transformarse de raíz, si se quiere que de ellas salga algo bueno, ya que están viciadas desde su constitución original y sus mismos profesores han de recibir una nueva formación. No es una lenta reforma, sino una rápida revolución, la que puede conseguir esto. Y para ello se requiere, ni más ni menos, que una escuela que se organizara de nuevo desde la base según el método correcto, que fuera regida por individuos ilustrados, impulsados más por la grandeza de ánimo que por la obtención de un salario" (Immanuel Kant, Pedagogía, 1803).

¡Alumnos! ¿Dónde están? Ninguna escuela espera que todos los alumnos dominen los contenidos, pero hay chicos que se apropian con éxito de la cultura enseñada, mientras que otros, en el mismo tiempo, sólo logran un dominio muy parcial.

Entre el trayecto que va de la integración a la exclusión educativa, se halla un tiempo amplio de escolarización al que pueden acceder y permanecer los estudiantes, pero del que no todos sacan los beneficios formativos básicos, o algunos se hallan en riesgo de no llegar a lograrlos. Cuando esto ocurre, estamos hablando de alumnos en riesgo o vulnerables que padecen diversas situaciones y condiciones que pueden llevarlos al fracaso escolar.

Ante esto podemos responder con medidas reactivas o preventivas, cada una con sus propias consecuencias. Quizás, algunas de ellas llegan a integrarlos, incluirlos en la educación, porque a través de esas vías alternativas finalmente aprendieron los contenidos. Otras tan sólo consiguen paliar su exclusión pues no son efectivas para proveerles una inclusión suficiente, completa y satisfactoria. Algunos educadores creen conveniente, en lugar de hablar del fracaso escolar como una categoría ambigua, referirse a viejas y nuevas formas de exclusión educativa.

Éxito escolar, fracaso y abandono de los estudios, son expresiones que empleamos para designar trayectorias y resultados de los estudiantes que entran y pasan por las escuelas. Cada una de ellas involucra experiencias y logros diferentes para los que van bien y aprenden satisfactoriamente y para los que transitan por la escuela a duras penas y no logran aprender lo esperado.

Aquellos alumnos a quienes la escuela les devuelve un juicio de fracaso son descalificados, no sólo en sus capacidades cognitivas, sino también en otros aspectos personales y sociales. El fracaso oficialmente certificado hace que el paso hacia otros trayectos de formación quede detenido y sean afectadas las imágenes y representaciones de sí mismos como personas y ciudadanos. El fracaso y el abandono tienen rostro y también consecuencias en el tiempo.

¿Quién fracasa? No he conocido a un solo alumno que desee que le vaya mal en los estudios, aunque sus actitudes lo muestren arrojándose a un predecible naufragio. La génesis del fracaso no debe buscarse sólo en la ausencia de esfuerzo o en la falta de deseos de superación.



Un estudiante que fracasa, desde luego, algo ha hecho u omitido para llegar a esa situación, pero sería incorrecto e injusto culparlo exclusivamente y no contemplar a otros actores y otras instancias sociales y educativas.

¿Cuándo no tiene éxito y abandona la escuela un alumno, quién fracasa? En el ámbito educativo actual, no superar los aprendizajes esperados también está indicando que han fracasado otras muchas instituciones y actores: su contexto social y cultural, su familia, las políticas educativas, la escuela y sus profesores. Pero quienes lo sienten en carne propia son sus padres y ellos mismos, a quienes la nota negativa, escolar y personal termina golpeándolos como una piedra. Inclusive, a quienes, en apariencia, viven el abandono escolar como una liberación.

Los alumnos, sus familias y contextos, las escuelas (el currículum, la enseñanza, la evaluación, la tarea de los profesores, la gestión) tienen sus propias responsabilidades. Pero, para comprender el fracaso y el abandono, también hay que extender la mirada hasta involucrar estructuras y factores que se refieren a políticas sociales y políticas educativas, realidades mucho más amplias que corresponden a la exclusión social en sus múltiples manifestaciones.

Tanto el fracaso como el abandono escolar son fenómenos educativos con raíces sociales, personales, institucionales y pedagógicas que expresan un contrasentido. Por un lado, son problemas no exclusivamente personales y escolares que provocan una profunda preocupación social. Por otro, se perciben como una brasa que quema y también frustra a muchos y, que, finalmente, son aceptados como fatalidades imposibles de erradicar del sistema. Tanto es así que, para algunos, mientras exista la escuela, el orden que la caracteriza y una sociedad que marca sobre ella determinados modelos y parámetros de calidad y exigencia, irremediamente estos estigmas la seguirán acompañando.

La sociedad está inquieta, porque nadie duda de que la exclusión y marginación social, la inadaptación, la delincuencia y los problemas que tensan la convivencia posean generalmente vínculos con una escolarización problemática y resultados formativos inadecuados en el



desarrollo intelectual, personal y ciudadano. Pero también es evidente que muchos sectores sociales y agentes educativos tienden a mirar hacia otro lado con tal de que a ellos no les roce.

Fracaso y abandono son fenómenos que se van construyendo en el tiempo. Con toda seguridad, todos y cada uno de ellos tienen su propia historia. No son tan sólo un resultado final e incomprensible, sino la trayectoria acumulativa de distintos elementos y condiciones que lo fueron construyendo, tal vez sin recibir las respuestas pertinentes en los momentos en que ya las estaban reclamando.

Los alumnos en riesgo de abandono escolar pueden presentar las siguientes características: son alumnos que no asisten regularmente a clases y desaprovechan un número elevado de materias. Además, presentan algunas dificultades de aprendizaje, de atención o bien necesidades educativas específicas derivadas de situaciones sociales de marginación o deprivación sociocultural y muestran comportamientos inadaptados, transgresión a las normas, violencia y demás.

Fracaso, falta, repito y abandono. La tendencia de un alumno a desarrollar fracaso y ausentarse lleva, al final de un proceso, al riesgo de abandono escolar. Evidentemente, si al desinterés por estudiar se suma el bajo rendimiento, es lógico predecir que el alumno termine por autoexcluirse del sistema si la situación persiste, concentrando tal vez sus esfuerzos en conseguir un trabajo que muchos adultos más capacitados no logran obtener.

Podemos partir de la consideración de que el estudiante es el último eslabón en la cadena del fracaso escolar. Antes de desertar, el alumno probablemente haya repetido más de una vez. En consecuencia, para comprender el abandono, se debe analizar más detenidamente la repitencia. Quien repite tiene alrededor de 20 por ciento más de probabilidades de abandonar el sistema escolar. ¿Se atribuye la repitencia a características individuales del alumno vinculadas a cuestiones psicológicas, físicas, afectivas? ¿Se la relaciona exclusivamente con cuestiones de índole sociológica? ¿Se reflexiona acerca de la escuela como productora de



fracaso escolar o de la falta de precisión respecto de lo que no ha logrado por el alumno? ¿Se plantea quién o quiénes deben asumir la tarea de apoyarlo para que aprenda?

Analizar la repitencia implica también repensar la evaluación. El desafío consiste en replantear su sentido y su objetivo, de modo que, frente a un alumno con dificultad, se debería reconsiderar la pertinencia de las propuestas de enseñanza y ofrecer nuevas oportunidades de aprendizajes. No tenemos propuestas alternativas de enseñanza, y convendría avanzar hacia el desarrollo de espacios y prácticas positivas que den respuestas educativas distintas a alumnos diversos.

Evolución de la escuela secundaria. Históricamente, el nivel secundario se constituyó como un ciclo de carácter no obligatorio y preparatorio para el ingreso a los estudios superiores, reservado para las futuras "clases dirigentes". Así nació el bachillerato clásico, humanista y enciclopedista, cuya función era seleccionar a los alumnos y alumnas que estarían en condiciones de ingresar a la universidad. A lo largo de la historia, al bachillerato clásico se fueron sumando diversas modalidades: escuelas de comercio, industriales, técnicas, que otorgaban distintos títulos según la orientación. A medida que el sistema educativo del país se fue expandiendo y la escuela primaria se convirtió en la escuela para todos, la secundaria sintió la presión de la población por ocupar un lugar en sus aulas. De esta manera, la función selectiva y preparatoria con la que había nacido la escuela secundaria se vio sacudida por los cambios socioculturales, históricos y políticos y por la expansión de la escuela primaria y el acceso de grandes grupos al nivel medio.

A la preparación para los estudios superiores se sumó la necesidad de formar para el trabajo (objetivos que se plasmaron en las escuelas de comercio, industriales y más tarde las escuelas técnicas) y la formación integral de los ciudadanos, que se plasmó en los diversos diseños curriculares humanistas y enciclopedistas, con la definición de materias que atravesaron todas las modalidades de escuela media (lengua, literatura, historia, geografía y educación cívica o educación moral, formación ética y ciudadana según la época, entre otras) y que se convirtieron en conocimientos considerados indispensables a ser transmitidos por la escuela.



Sin embargo, no fue hasta la Ley Federal de Educación (Ley N° 24.195/93) que el nivel medio contó con una ley orgánica para organizar el conjunto del nivel. En dicha ley, las viejas modalidades y orientaciones del secundario fueron modificadas junto con el resto del sistema educativo, dejando como segunda enseñanza los últimos tres años organizados como nivel Polimodal, con distintas orientaciones. En esta transformación, los primeros dos años de la vieja estructura del secundario fueron absorbidos por la Educación General Básica.

Esta reestructuración unió la exigencia de ampliar la base común de conocimientos y experiencias a la modificación del sistema educativo, en el cual la escuela secundaria quedó desdibujada y, por lo tanto, a conflictos y tensiones históricas se sumaron otros nuevos, vinculados a la creación de un ciclo que, institucionalmente, sumó características de la vieja escuela primaria en su vida cotidiana pero que, a la vez, mantuvo viejas prácticas selectivas y expulsivas de la vieja escuela secundaria.

La estación fantasma. A partir de la sanción de la Ley de Educación Nacional N°26.206, la nueva secundaria cumple con la prolongación de la educación común y la obligatoriedad, al tiempo que respeta las características del grupo destinatario, proponiendo una nueva estructura para el sistema. Esta nueva estructura tiene en el centro de sus preocupaciones el desafío de lograr la inclusión para que todos los jóvenes terminen la educación obligatoria, asegurando los conocimientos y herramientas necesarias para completar los estudios secundarios.

En consecuencia, la educación secundaria tiene como propósitos: ofrecer situaciones y experiencias que permitan a los alumnos la adquisición de saberes para continuar sus estudios y fortalecer la formación ciudadana. También vincular la escuela y el mundo del trabajo, a través de una inclusión crítica y transformadora de los alumnos en el ámbito productivo.

La preparación para la continuación de estudios superiores, el desarrollo de competencias para la participación en la vida ciudadana, la capacitación para el mundo del trabajo y la



producción han sido siempre los grandes desafíos formulados para el nivel medio argentino. Sin embargo, hoy, la sociedad en su conjunto se interroga acerca del verdadero significado de la educación media, entendiendo como tal la distancia real que existe entre lo que verdaderamente se anuncia desde el discurso y lo que se puede apreciar desde la práctica cotidiana.

Hay quienes ironizan con la escuela media definiéndola como "un gran hipermercado de estacionamiento juvenil", por el cual, los adolescentes de entre 11 y 18 años deben transitar para poder luego continuar su trayectoria escolar, insertarse en el mundo del trabajo y participar como ciudadanos responsables.

Es por esto que lo que realmente acontece con los egresados de este nivel ha provocado una desorientación tal que lleva, entre otras cosas, al replanteo de las funciones básicas que esta enseñanza, debería asumir y que no puede dejar de cumplir, y la solución de problemas aún no resueltos, que podrían seguir actuando como distractores (ausencia de innovaciones, dificultades para la integración de las nuevas tecnologías, ausencias de propuestas educativas convocantes, falta de autonomía).

El paso por el sistema educativo y la posesión de títulos académicos es, de forma cada vez más creciente, una condición necesaria, aunque no suficiente, para determinar el tipo de empleo en el que pueden insertarse. El mundo del trabajo y las instituciones de educación superior dudan, cada vez más, de las competencias con las que egresan los estudiantes de la escuela media, transformándose entonces en una especie de "estación fantasma" como afirma Beck, que entrega pasajes que no llevan adonde se esperaba.

Las promesas de inserción laboral y desarrollo de competencias para continuar y permanecer en la educación superior, que daban sentido a la institución formadora y a la vida mientras duraba la formación, quedan desdibujadas para la mayoría de los jóvenes. Amplios períodos de desempleo y demasiados pasajeros aparecen ahora en la sociedad posindustrial, un tiempo en el que no es posible aventurar cuáles empleos van a existir y cuáles no. Así, señala el



pedagogo español Gimeno Sacristán, la educación no es sólo una estación fantasma, sino que se reduce a una "sala de espera", sin destinos anunciados ni trenes a los que subirse.

Los profesores que no renuncian, van al cielo. Aunque ya hemos transitado casi una década, existen muchos desafíos pendientes para la escuela ante el nuevo siglo. Algunos autores diseñan soluciones a los problemas de nuestras instituciones educativas, prediciendo aprendizajes y relaciones educativas virtuales a través de la computadora; veremos cómo evoluciona el futuro, pero, por ahora, fuera de la escuela hay poca esperanza, sobre todo para los más pobres, a pesar de la situación de nuestros sistemas educativos.

La transformación de la estructura familiar, la influencia de los avances tecnológicos, los desencuentros en la convivencia que llevan a nuevas formas de violencia, la falta de acuerdos sobre los valores educativos y la modificación de las relaciones laborales que exige nuevos diseños y proyectos formativos son temas sobre los que debemos reflexionar para orientar el proceso de transformación de los sistemas educativos, que también deben aceptar el reto de que nuestros alumnos no fracasen ni abandonen y reciban, si es posible, calidad en su formación.

No hay marcha atrás. La solución no es volver al sistema de exclusión para los desfavorecidos o los indisciplinados. La sociedad pide a nuestros profesores un esfuerzo de integración que muchos aceptarán generosamente, pero, al mismo tiempo, nuestra sociedad debe apoyar y revalorizar el trabajo de los profesores para no enfrentarlos a una tarea irrealizable. Así, un camino para intentar superar esta crisis escolar y educativa, sea el de escribir nuevamente el acuerdo entre la escuela y los demás agentes educativos. Toda la sociedad necesita a los estudiantes y a sus profesores, aprendiendo y enseñando en una mejor escuela.

Castro Santander, Alejandro. (2009, Septiembre 23). Abandonar la escuela secundaria. El Sol, sitio web de noticias. Recuperado de

<http://www.elsol.com.ar/nota/9709/opinion/abandonar-la-escuela-secundaria.html>

